

Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 3, Número 5, 2013

DIODATTI, Lilian (UNR, Centro de Documentación Instituto Municipal de la Mujer)

Reseña

MANSILLA, Lucio V. *El excursionista del planeta*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012, ISBN: 9789505579341, pp. 472.



Recibido con pedido de publicación 15/02/2013
Aceptado para publicación 18/03/2013
Versión definitiva recibida 05/04/2013

Podríamos argüir que quizás nada mejor que el retrato fotográfico de un Lucio V. Mansilla multiplicado realizado por Witcomb - acertadamente señalado por Sandra Contreras en el prólogo-, como la mejor manera de adentrarnos en la lectura de *El excursionista del planeta*.

Porque Mansilla, hombre de su tiempo no escatima referencias a las maravillas técnicas de una modernidad que paulatinamente lo envuelve y que brota a lo largo de su relato. La fotografía, la electricidad, el fonógrafo y el incipiente cinematógrafo así como las más detalladas referencias a informes mineralógicos y geológicos, o el temor de que sus amadas cartas queden obsoletas ante la rapidez del telégrafo, desfilan por sus páginas atravesando sus *causeries*, sus crónicas, sus expediciones e incluso sus paseos por la eterna París o el incógnito San Petersburgo.

Porque como hombre de su tiempo va transformando su mirada, la que como un remedo de crisol va fundiendo en ella un acopio de imágenes que el ojo crea al mirar construyendo en el ínterin lo visible, *su visible*, ordenando de este modo el mundo y fundamentalmente haciendo inteligible una realidad que una vez asida *no puede renunciar jamás a esa forma de existencia que adquiere en la conciencia de quien ha reparado en ella*.

Porque este *excursionista del planeta*, se anticipa, convive y coadyuva a una ampliación de la mirada, que en tanto herramienta imprescindible de la modernidad, supone una transición hacia un desplazamiento epocal en donde la evidencia del mundo exterior está dada por los sentidos, en especial la vista.

Porque sus ojos que atestiguan el haber *estado en cuatro de las cinco partes del mundo*, desandan un recorrido que abarca buena parte de su vida. Desde los ojos de la juventud, *a los 18 no viaja el hombre como filósofo, ni como observador, ni como sabio. Viaja únicamente como curioso y el mundo se desliza ante sus ojos sin decirle nada*, hasta las palabras que declaman la necesidad de *ver bien el pasado, ligarlo sabiamente con el presente, hasta tener la ilusión del porvenir*.

Porque si *la palabra es la imagen del pensamiento*, en tanto tales las mismas recorren infinidad de páginas como traductoras de un tránsito que ajusta y organiza las experiencias.

Autoproclamado como *apenas un artista en cartas*, detractor de las descripciones, no desestima la adjetivación para consolidar con sus lectores una continua actualización y reaseguramiento de una base representacional de época, que a la vez que concurre a la conformación de su propia subjetividad, algo así como diría Eduardo Gruner un doble juego entre el consumo de la representación y la representación como insumo.

Es así que sus escritos tienen un destinatario omnipresente, sus lectores, una pléyade variopinta que él mismo se encarga de destacar. Desde los encumbrados gentleman locales, políticos, intelectuales y periodistas hasta sus

lectores especiales, a los que irónicamente presenta como *el vulgo*, *los que apenas saben leer*, con quienes entabla sus “conversaciones”; a quienes cautiva ilustrándoles sobre [que] *el color del desierto a la caída del sol no tiene nombre* [porque], *cuando los últimos resplandores de su disco destellan apenas una especie de vapor rojizo, el cual parece extenderse sobre toda la tierra, he ahí el momento, sobre todo, en que el desierto es indescriptible*. O cuando desgrana a modo de una entrega por episodios la búsqueda del “precioso” y anhelado lugar *en donde está enterrado el perro*, en sus expediciones en territorio paraguayo.

Viajero emblemático, viajero en cuerpo y en el tiempo, *flaneur* ante que *tourist*, deambula por y con las palabras en torno a anécdotas, acontecimientos, personajes. Un gourmet a la mesa y un exquisito a la hora de prodigar consejos para emprender una travesía edificante con poco dinero – él que dilapidó esterlinas en placeres que alimentaron su alma- .

Admirador de las mujeres bellas, pero detractor de las que escriben, este viandante a caballo entre dos siglos construye un relato que le es propio. Narraciones con una marca en el orillo que lo identifican porque como portador como diría Aumont del ojo variable de la modernidad, traduce en palabras un cúmulo de imágenes que conforman el contrapunto entre la mirada y la memoria. Una mirada que así como escruta los detalles de la calle del Bac en París en donde vivía Madame de Stäel, apela a *una memoria singular que retiene por su orden, casi palabra por palabra mis meditaciones*. Proclamando ser portador de un *pensamiento fantástico, embrollado, pero lógico y encadenado*, Lucio V Mansilla construye su territorio narrativo ordenando el mundo, su mundo a modo de una acumulación de valores y sentidos, en donde a medida que desgrana el relato, la imagen desgajada del mismo se combina con la de sus lectores otorgando plena credibilidad al hecho de formar parte de ese mundo.

Así podríamos afirmar que nuestro excursionista ha respondido al precepto baudeleriano “Abre el ojo “, porque su mirada hambrienta – glotona en sus palabras- da cuenta de un derrotero extendido en el tiempo y en el espacio, *he cruzado catorce veces la línea equinoccial y he visto entre ciudades y aldeas, más de dos mil...*

